

HOREB EKUMENE



Boletín de Noticias y Comunicaciones



Boletín nº 369- 26 de junio de 2024
Comunidad Ecu­mé­nica Horeb Carlos de Foucauld

Francisco a los luteranos: Todos somos peregrinos de la esperanza



El Papa recibió en audiencia a una delegación de la Federación Luterana Mundial. En su discurso, hizo referencia al próximo Jubileo y al aniversario del Concilio de Nicea: "Jesucristo es el corazón del ecumenismo". El recuerdo al teólogo ortodoxo Ioannis Zizioulas, fallecido en 2023.

Isabella Piro – Ciudad del Vaticano

La esperanza es el hilo que teje el discurso del Papa Francisco, dirigido esta mañana, 20 de junio, a la delegación de la Federación Luterana Mundial (FLM), recibida en audiencia en el Palacio Apostólico. Encabezaban el grupo el nuevo presidente, el obispo Henrik Stubkjær, elegido en 2023, y la secretaria general, la reverenda Anne Burghardt. Recientemente, del 13 al 18 de junio, la FLM celebró su Consejo en Chavannes, a las afueras de Ginebra (Suiza), sobre el tema "Abunden en la esperanza", tomado de un pasaje del apóstol Pablo (Rom 15,3).

La misión ecuménica es dar testimonio de Cristo

El mismo pasaje - "Que el Dios de la esperanza los colme de todo gozo y paz en su fe hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo"- es citado por el Papa, que califica el encuentro de esta mañana de "importante gesto de fraternidad" y subraya los numerosos signos de esperanza que se perfilan en 2025. El primero, es el inminente Año Santo, cuyo lema reza precisamente "Peregrinos de la esperanza"; el segundo es el 1700 aniversario del primer Concilio de Nicea, celebrado en el 325 a instancias del emperador Constantino, y que definió la divinidad de Cristo, consustancial al Padre:

Jesucristo es el corazón del ecumenismo. Él es la misericordia divina encarnada, y nuestra misión ecuménica es dar testimonio de ello.

Cristo, único mediador

Francisco se detiene a continuación en la "Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación", firmada el 31 de octubre de 1999 en Augsburgo, y menciona un punto de fuerte valor ecuménico:

Luteranos y católicos han formulado como objetivo común el de "confesar en cada cosa a Cristo, el único en quien poner toda la confianza, ya que es el único mediador por el que Dios en el Espíritu Santo hace donación de sí mismo y derrama sus dones que todo lo renuevan".

Reconciliación y esperanza

También este documento, recuerda Francisco, celebrará un importante aniversario el próximo año, el vigésimo quinto, y esto "es otro signo de esperanza en nuestra historia de reconciliación:

Conservémosla en la memoria como algo siempre vivo. Que el 25 aniversario se celebre en nuestras comunidades como una fiesta de esperanza".

Diálogo de la verdad y de la caridad

Invitando a rezar "con confianza como peregrinos de la esperanza", el Pontífice subrayó que "nuestro origen espiritual común es 'un solo bautismo para el perdón de los pecados'":

Que el Dios de la esperanza esté con nosotros y siga acompañando con su bendición nuestro diálogo de verdad y caridad.

La memoria de Ioannis Zizioulas

En este camino, añade Francisco, es bonito recordar las palabras del obispo teólogo ortodoxo Ioannis Zizioulas, metropolitano mayor de Pérgamo (patriarcado de Constantinopla) que contribuyó a la redacción de la encíclica *Laudato si'* y falleció en 2023. El Papa le llama "pionero del ecumenismo" y cita algunas de sus palabras: "Decía: debemos caminar juntos, caminar juntos, rezar juntos y hacer la caridad juntos".

Al final de la audiencia, el Papa invitó a los presentes a rezar juntos el Padre-nuestro, cada uno en su propia lengua.

EL PUEBLO ELEGIDO



ECLESALIA, 21/06/24.- La tendencia natural humana es creer que al ser elegido por alguien, ya sea pueblo o persona, ello presupone un halo de superioridad respecto al resto. A lo largo de la historia, diferentes grupos de todas las

religiones mundiales, han tenido este sentimiento de superioridad mundana para diferenciarse de los demás, e incluso despreciar o perseguirles por ello. Le paso al pueblo judío, tal como lo cuenta el Antiguo Testamento, y ha seguido ocurriendo hasta hoy, entre nosotros. Ese puntito de superioridad que tan bien le viene a la soberbia: sentirnos elegidos por ser mejores, más queridos, superiores...

¿Qué significa ser elegido por Dios? En ambos Testamentos, ser elegido significa ser llamado por Dios para una misión en particular, para trabajar responsabilidades. No se trata de privilegios o estatus, sino de la obra que Dios nos pide. El hecho de que los judíos sean el pueblo escogido de Dios significa que se les ha pedido un alto estándar. Porque querernos, nos quiere a todos por igual, no podría ser de otra manera tratándose de Dios-Amor. Conviene recordarlo y sobre todo, vivirlo.

Algunos ejemplos de figuras bíblicas disipan las dudas: Abraham fue llamado a abandonar su tierra natal y establecer a su familia en el lugar que Dios le revelaría. A Moisés se le confirió la enorme tarea de liderar la liberación de su pueblo. Ester fue la elegida para salvar a su gente del genocidio. Juan el Bautista fue llamado a ser el mensajero de la venida del Mesías. María fue elegida para ser la madre del Salvador. Jesús eligió a sus discípulos para continuar la misión emprendida...

Ellos y ellas se enfrentaron a la incertidumbre, al peligro y al sufrimiento. No se les pidió que pensaran en sus bienes o en su reputación, sino que valoren su misión por encima de ellos mismos, como afirma el apóstol Pablo. Ayer fue el pueblo judío y sus referentes, hoy somos todos los que nos decimos cristia-

nos los enviados a dar testimonio de la Buena Noticia (evangelizar), cada cual con sus dificultades y limitaciones, cargando con su cruz en el seguimiento. Elegidos para transmitir con el ejemplo la Buena Noticia a todos los demás.

En genérico, evangelizar con el ejemplo, ser portadores de la Buena Noticia desde el agradecimiento por haber recibido la fe: nos ha tocado la lotería a todos, pero unos cuantos conocemos la noticia, y estamos elegidos en libertad para vivirla de manera que los demás gocen y participen de ella.

El Deuteronomio niega expresamente que la elección divina haya sido motivada por la grandeza de Israel o su perfección moral. Entonces, ¿por qué fue elegido el pueblo judío? La respuesta es que no podemos saberlo, sencillamente porque Dios no lo ha explicado, como tampoco lo ha hecho en el caso de María, Juan el Bautista y todos los demás; tampoco nos ha explicado por qué yo nací en el Primer Mundo y muchos otros millones de personas, en el Tercer Mundo. No hemos venido a entender, sino a amar (Alexis Carrel).

Lo que sí sabemos es que nosotros hemos sido llamados después de los judíos. No me olvido que sigue habiendo quienes mencionan explícitamente que el concepto de elegibilidad del pueblo judío implica una “superioridad” judía; o católica en nuestro caso, por mucho que se endulce el asunto matizando que ello se refiere a la esencia espiritual y no a una supremacía supremacista. La elección divina no viene de nuestra superioridad y quizá no lo veamos demasiados seguidores de Jesús por andar faltos de humildad y sobrados de arrogancia.

En el Nuevo Testamento, el término "elegido" nunca se usa para describir a los judíos como una raza. Como dice el apóstol Pablo, a través del evangelio, los gentiles son herederos junto con Israel, miembros de un solo cuerpo, y comparten la promesa en Cristo Jesús. (Efesios 3). Los judíos de bien recuerdan que el pueblo judío no es una raza en ningún sentido de la palabra. La herencia judía es matriarcal y, obviamente, la identificación racial no puede depender solamente de la madre de una persona. Además, cualquier gentil que así lo desee, podrá convertirse en un miembro del pueblo judío con iguales derechos y responsabilidades.

Fuimos elegidos para “ser luz para las naciones” y todo nos ha sido regalado, incluida la fe. Nos han elegido para compartirla con aquellos que no la tienen, lo mismo que con los bienes recibidos. Menos suficiencia, mayor agradecimiento y mejor respuesta ante el honor divino de haber sido elegidos para completar su Plan.

GABRIEL M^a OTALORA, BILBAO (VIZCAYA).

LA SACRALIDAD DE LO COTIDIANO

«Hay que encontrar lo extraordinario en lo ordinario» (Raphaëlle Giordano)

Cuando logramos descubrir tras las capas materiales que la ocultan, la energía divina, todo se convierte en milagro. Las cosas más normales, una flor, un pájaro, una cueva, una cima, un río, un valle...son sagrados. Las acciones

más humildes, fregar los platos, cuidar el jardín, pasear, leer, escribir..... nos transmiten un mensaje, sencillo y potente de que el espíritu lo habita todo. Nos percatamos de que cada elemento de la creación tiene su función, de que cada uno de nosotros nace con una tarea espiritual consustancial, con el compromiso sagrado de aprender a utilizar su poder personal de modo responsable, sabio y amoroso. Este modo de percibir la realidad de nuestro mundo nos permite extraer luz aún del interior de las tinieblas. Generalmente en lo sencillo, e incluso en lo que consideramos absurdo, se esconden grandes enseñanzas y mensajes muy elevados. En cualquier acción cotidiana es posible alcanzar el éxtasis, entendido como deleite del alma, si la percibimos en sí misma como sagrada. Desde esta percepción sacralizada de la realidad nuestra vida adquiere un sentido más sólido y amplio, nos sentimos conectados con todos y con todo, pero al mismo tiempo inmensamente libres.

La pregunta más importante que se ha hecho la gente a lo largo de la historia es: «¿Cuál es mi finalidad en la vida?» El no encontrar respuesta a ella ha supuesto que muchas personas vivan en un continuo “sin sentido” que les impide ser libres y felices. Muchos de nosotros estaríamos de acuerdo en responder que nuestra finalidad es vivir de modo coherente con nuestros ideales espirituales en cualquier lugar y en cualquier circunstancia. Vivir cada momento de la vida con consciencia y plenitud sintiendo en el fondo del alma que estamos siempre conectados con lo sagrado.

Parece sencillo, pero dista mucho de ser fácil. Para dar respuesta a esa pregunta que nos conecta con nuestra misión en la vida y otorga sentido a nuestra existencia, el primer paso es iniciar el camino del autoconocimiento. San Ignacio, que es un gran pedagogo del discernimiento, en sus *Ejercicios Espiri-*

tuales nos dirá que la llave que abre la puerta del discernimiento es “la revisión de vida”. En el primer punto de su Introducción a los Ejercicios Espirituales nos seguirá diciendo Ignacio, que lo primero es dar gracias a Dios por los beneficios recibidos, es decir: 1. Dar gracias por el don de la vida y la Creación. 2. Dar gracias por el don de la Redención. 3. Dar gracias por los dones particulares de cada uno. Es por ello que, si en un momento dado nos ponemos a releer nuestra historia desde el agradecimiento, podremos descubrir la cantidad de bendiciones con los que Dios ha ido entretejiendo nuestra vida a lo largo de los años y que habían permanecido veladas a nuestros ojos.

Además de dar gracias por la vida en sí, hemos de agradecer todas las personas y situaciones que en medio de la adversidad nos han acogido y sostenido. Hemos de dar gracias como decía Toni Catalá, en su curso de discernimiento, por el techo, el pan y la palabra compartidos. Hemos de dar gracias por estar en el ámbito del Señor y por todas las personas y circunstancias que nos han conducido hacia Jesús.

Agradecer el don de la fe, que no es mérito nuestro sino una gracia de Dios. Hemos de agradecer también con humildad los dones particulares recibidos, ya que estos son “la chispa de gracia” que nos ha regalado el Señor. El Dios alfarero, ha hecho del barro piezas irrepetibles en cada uno de nosotros. Hemos de agradecer y reconocer estos dones y trabajarlos en favor de la Comunidad, ya que todo don es un regalo y a la vez una responsabilidad. Así los dones se convierten en camino de vida ya que nos conducen a nuestra misión. Hay que reconocer el don y también la propia debilidad, pues está también es gracia que nos hace humildes y nos ayuda a la conversión del corazón. Cuando reconocemos humildemente nuestro don, nuestra vida crece en

libertad evangélica y compasión y se expande llevando nuestra chispa de divinidad al mundo.

A través de esta revisión de vida imprescindible para el autoconocimiento, comprenderemos también que Dios ha estado comunicándose continuamente a través de los distintos acontecimientos de nuestra vida. Detrás de aquellos hechos que nos resultaron un día amargos y desconcertantes se escondían señales del llamado de Dios. Eran faros señalándonos un puerto; eran brújulas marcando nuestro norte. La voz de Dios se repetía una y otra vez con nuevas y diferentes invitaciones a seguir la misión que Él tenía pensada para nosotros desde la eternidad. Cuando atravesamos situaciones de desolación, el Espíritu del Señor nos está diciendo algo. En vez de regodearnos e instalarnos en el victimismo como meros espectadores inútiles tendríamos que preguntarnos ¿Qué me está diciendo el Espíritu del Señor? ¿A qué me está invitando?

Aunque a veces Dios llama de una forma contundente como hizo con Abraham, Moisés , María , Pablo... la mayor parte de las veces nos llama de forma suave, invitándonos a vivir con sentido de eternidad la humildad de las cosas pequeñas. Vivir la cotidianidad como algo sagrado, viendo en las cosas más inverosímiles la presencia de Dios es el camino que nos conduce a la santidad. Santa Teresa de Calcuta decía que un ser humano santo es aquel que ejercita sus dones y talentos transformando con ellos positivamente su realidad inmediata.

Nunca es tarde para responder a esa llamada del Señor, todas las circunstancias y condiciones son adecuadas para rendirnos confiadamente a ese Dios

misericordioso y compasivo que quiere alumbrarse en nosotros y convertirnos en portadores de luz para iluminar el mundo. Tenemos muchos casos de esto en la Biblia. Vemos por ejemplo como la esterilidad de la anciana Isabel no es impedimento para que Dios la bendiga con una fecundidad inesperada y la re-coloque en la historia. Se trata de dejar resonar internamente esa llamada, dándole una amorosa acogida y haciéndola presente en la realidad que nos circunda.

Somos seres materiales que vivimos en el espíritu. En Él nos movemos, existimos y somos. La espiritualidad como camino, sustentado en el cuerpo, pensado con la mente pero guiado por el corazón es el instrumento primordial para una verdadera revolución interior que nos permita descubrir que hay un plan divino escrito para cada uno de nosotros. Todos tenemos algo que aportar al mundo. Desde la espiritualidad podemos repensar el fundamento y sentido de nuestra vida y agradecer todo lo que nos ha sido dado. Nos hacemos conscientes a través de ella de donde estamos, como hemos llegado hasta aquí, que es lo que podemos aportar y hacia donde queremos dirigirnos.

Nos motivamos a vivir nuestra realidad humana hecha, de luces y sombras en el momento presente y en la sencillez de lo cotidiano, intentando percibir y dejar traslucir en nuestra realidad terrenal la mirada de Dios. A cada alma le corresponde alumbrar con su luz, la luz que Dios le ha otorgado.